



Toda la correspondencia se dirigirá expresamente al Director de la REVISTA DEL TURIA D. Jerónimo Lafuente, Teruel.
No se devuelven los originales.

La REVISTA se ocupará de todos los libros y demás publicaciones científicas y literarias que se remitan a la Direccion.

Los autores serán responsables de sus escritos. Véanse los precios de suscripcion en la cubierta

SUMARIO.

Crónica, por Un Teruelano.
El alma de Salomon, por D. J. E. Hartzbusch.
El que siembra vientos recoge tempestades, por D.^a Angela Grassi.
A una joven impaciente, por D. Ricardo Sepúlveda.
Construcciones Rurales, por D. Máximo Lacasa.
El obispo chicheño, por D. Ricardo Palma.
Chúpate esa otra, por D. Gerardo Gutierrez.
La Sima de S. Pedro, por D. J. Comas Galibern.
Dos palabras sobre el barómetro, por D. Miguel Eced.
Miscelánea.

CRÓNICA

CEN las últimas elecciones para la renovacion de Diputados en la mitad de los distritos de esta

provincia, han sido elegidos: por el distrito de Mora, D. Felix Temprado, D. José Garcerá, D. Pascual Adam y D. Enrique Mata: Por el de Alcañiz, D. Juan Rivera, D. Patricio Monzon, D. Miguel Vallés y D. Julian Santa Pau; y por el de Valderrobres, D. José Pascual, D. Ramon Unsain, D. Federico Plana y D. Felipe Sanz.

El día 3, que es el primero útil del próximo Noviembre, se reunirá la nueva Diputacion.

Los diarios de Berlin contienen una interesante comunicacion capaz de causar una revolucion, no sólo entre los sábios, sino tambien entre la gente ilustrada. La noticia es la siguiente: que está probado con argumentos irre-

futables que la luna está habitada. Corresponde al profesor Dr. Blendmann, despues de profundos y largos estudios, el mérito de haber incorporado á la ciencia astronómica este descubrimiento. Siempre ha sido un objeto de controversias científicas la habitabilidad de este satélite hermoso, llamado con razon por los poetas la brillante diadema de las noches del amor.

Ya en la mas remota antigüedad existia la creencia de que hubiese seres humanos en la luna, de una organización é inteligencia más completa que la nuestra y se habia proyectado entrar en comunicacion con ellos por medio de plantaciones ó alamedas de varias leguas de extension, que quizá hubieran sido observadas desde la luna. Se proponia por medio de estas plantaciones colosales de bosques, poner de manifiesto *ad oculos* de los habitantes de la luna el diseño geométrico de la ciencia pitagórica.

Desde principios de siglo, el famoso Schröder conjeturó que los claros y oscuros del disco lunar eran indicios de vegetacion y de industria en dicho satélite.

En los diez últimos años la ciencia ha establecido que es una locura creer en la existencia de habitantes en la luna.

El Dr. Blendmann nos viene á decir lo contrario. Debido á una casualidad, ha descubierto que todas las observaciones telescópicas verificadas hasta hoy, han dado un resultado negativo por la demasiada luz que irradia el disco lunar; y cuyos rayos, refractándose en el instrumento, impiden el exámen certero del observador.

Blendmann concibió y puso en ejecución su pensamiento de encandilar el objetivo del gran refractor, usando para este objeto el hollin de alcanfor; tuvo que hacer centenares de ensayos antes de encontrar la medida exacta

de la encandilacion para obtener una imagen absoluta de la luna.

El profesor tomó con este refractor encandilado una fotografia muy detallada del disco de la luna, que expuso enseguida á un poderoso microscopio solar.

El círculo obtenido del disco lunar tenia en el microscopio una diámetro de 18 metros y medio, y fué maravilloso el resultado que se presentó á la mirada atónita en esa imágen. Segun esta, la confusion mas lamentable ha reinado hasta ahora respecto á las condiciones de la luna; pues lo que se creia mares, son llanos de tupida vegetacion, y lo que se creia regiones montañosas, son desiertos y mares. Se veian con toda exactitud *ciudades y poblaciones de todo género*, como tambien indicios de industria y de tráfico.

Con la luna llena se han obtenido vistas fotográficas tan exactas, que dan el derecho de sostener que, empleándose telescopios mas grandes, el descubrimiento del sábio berlinés obtendrá la más completa confirmacion.

De la acreditada «Revista de conocimientos útiles» cortamos las siguientes curiosidades.

«El tabaco es una planta perteneciente á la familia de las solanáceas, de hojas grandes y velludas y flores de un color verde claro, casi amarillento. Todas las partes de ella exhalan un olor fuerte que la caracteriza.

El tabaco procede de la América Meridional, de donde fué importada á España por los años 1560. El nombre de tabaco proviene, segun unos, de Tabasco ó de Tabago, en cuyo país se le observó primero, y segun otros, de Tabaco, palabra con que los indios designaban el lío ó manajo de hojas para fumarlas. El nombre científico de Nicotiana, lo recibe por estar dedicada esta planta á Juan Nicot, embajador en Lisboa de Francisco II, rey de Francia. Recibió Nicot la yerba de un comerciante recién llegado de América, y por él supo tambien el uso á

que se destinaba. Al llegar á Lisboa la presentó al gran prior, y luego, cuando regresó á Francia, á la reina Catalina de Médicis, madre del rey, bastando estos dos hechos tan sencillos para que se le dieran tambien los nombres de *yerba del gran prior* y de *yerba de la Reina*. A Italia la llevaron el cardenal Santa Cruz, nuncio apostólico en Portugal, y Nicolás Tornabon, legado de Francia, surgiendo de aquí otras dos nuevas denominaciones para la planta, cuales son la de *yerba de Santa Cruz* y la de *Tornabona*.

Lo que no puede dudarse, es que los españoles fueron los primeros que descubrieron el uso de esta planta; pues apenas Cristobal Colon desembarcó en la isla de Cuba, mandó algunos exploradores para que, penetrando tierra adentro, le trajeran noticias del país; y en la relacion que luego hicieron al almirante, y que este consignó en sus escritos, dícese que encontraron en el camino multitud de indios de ambos sexos que aspiraban el humo de la planta, que tan pingües ganancias habia de producir mas tarde como renta estancada. En el Brasil, el humo del tabaco servia para sumir en una especie de embriaguez á los sacerdotes que comunicaban á los pueblos los felices ó siniestros agüeros; y los indios del Orinoco y de algunas tribus de la América del Norte, terminaban sus sangrientas luchas ofreciéndose mutuamente tabaco. Cristóbal Colon mandó semillas á Europa, y en sus primeros tiempos pasó por medicinal y propia para la curación de multitud de enfermedades, virtudes que le valieron los nombres de *buglosa* ó *panacea antártica*, *yerba santa* ó *sagrada*, *yerba para todos los males* y otros no menos significativos.

Existen unas sesenta especies de tabaco, pero el que más se usa es el tabaco grande ó nicotiana de grandes hojas, conocido en botánica con el nombre de *nicotiana tabacum*.

Independiente de la *nicotina* existe en el humo del tabaco una notable porción de *ácido prúsico*, sobre todo en los tabacos de Levante y Habana, y un alcaloide hasta aquí desconocido, la *colidina* que posee propiedades tóxicas muy acentuadas. Es un cuerpo líquido de olor agradable y muy penetrante. La vigésima parte de una gota es suficiente para matar rápidamente una rana con síntomas de parálisis. No se puede respirar durante algunos instantes sin experimentar debilidad muscular y vértigos.

Las náuseas, los vómitos, la cefalalgia, son principalmente debidos á la acción del *ácido prúsico* del tabaco. Ciertos tabacos producen rápidamente estos efectos tóxicos y no contienen sino pequenísimas cantidades de *nicotina*.

La materia negra semi-líquida que se condensa en el interior de las pipas y boquillas, es extremadamente tóxica; dos ó tres gotas bastan para matar un pequeño animal. Contiene, además, *nicotina* incompletamente destruida por la combustion. La cantidad que pueden absorber los fumadores, muy variable segun las circunstancias, no desciende mucho por debajo de 50 centigramos por 100 gramos de tabaco.

Tan alto concepto tenia Platon de la música que llegó á decir que era necesaria para corregir las malas costumbres de las repúblicas. Para todo es bueno la música; llama al sueño, hace olvidar las penas, templar el enojo, aviva la clemencia, y hasta suele aliviar á los enfermos y aun curarlos.

De poco tiempo á esta parte se cultiva en Teruel con gran complacencia del público. Hace mes y medio es mas numerosa la concurrencia al Ovalo y la Glorieta, debido á que la banda municipal que con tanto acierto dirige nuestro amigo y paisano Sr. Monton dá á estos sitios verdadera animacion, gracias á varios aficionados que tuvieron la feliz idea de abrir una suscripcion con objeto de retribuir, siquiera modestamente, á los músicos.

Celebraríamos que esta culta distraccion continuase en todos los dias festivos á hora conveniente, segun la estacion. Ganaría el público y la banda tambien, porque, desde el 15 de Agosto que por primera vez la oimos en la Glorieta, se observa que trabaja por ejecutar mejor las piezas conocidas y por dar otras nuevas.

El prelude del tercer acto de *El Anillo de hierro* nos pareció oirlo dias pasados á una banda militar de primer orden, y no hay duda de que si el Sr. Monton contara con más elementos, dentro de poco no tendria nada que envidiar la banda municipal á ninguna otra de su clase. Hace falta adquirir algunos instrumentos, que no

nos atrevemos á pedir al Municipio, porque le suponemos agua al cuello, como de costumbre. Sin embargo, tal gasto quizás pudiera ser reproductivo. Estúdielo por si acaso.

En el domingo último oímos un bonito paso-doble del Sr. Subero, nuestro amigo, maestro de capilla de la Catedral; el ¡Pieta Signori! melodía del siglo XVII de Stradella, obligada á *bombardino* é interpretada por el señor Cebreiro, con la maestría que él sabe hacerlo; un wals con variaciones en el *onoven* por el aplicado joven D. Ricardo Monton, que si sigue el camino emprendido, indudablemente llegará á ser una notabilidad; y por fin la bonita jota de Farvach.

Son de aplaudir los esfuerzos del Sr. Monton y demás individuos de la banda, y el desprendimiento de todos los que contribuyen con su óbolo á tan agradable distraccion, que quisiéramos no ver interrumpida en adelante.

Se presume en Madrid que la siguiente sensata carta, publicada por *La Época*, es del senador por esta provincia, el distinguido médico D. José Calvo y Martin.

Es tal la falta de formalidad en esta tierra de flamencos y toreros y *apóstoles*, lo mismo abajo que arriba, en el vendedor de cerillas que en el ministro, en el doctor inflado que en el sacamuelas trapalon, que nos ha impresionado agradablemente la lectura de dicha carta y hasta nos ha enorgullecido que se atribuya á un hijo de Aragon y representante de este país.

Dice así la carta:

«Mi estimado amigo: ¡Vaya una barahunda que han armado los médicos presentando ante el público cuestiones que no puede juzgar ni resolver!

Un sabio doctor dice *no*; otro sapientísimo dice *si*, y otro qué sé yo. Antes Hipócrates

decía lo primero; Galeno negaba; y ahora aparece Piquer diciendo lo tercero.

¿No hubiera sido preferible para esos justísimamente celebrados doctores acudir á la academia á dirimir su contienda espermental y no atizar el fuego del escepticismo médico, que tan fácilmente penetra en el vulgo, suponiendo que ignoramos *el todo del cólera*, á pesar de las peligrosas heroicidades de los que viven entre los moribundos y registran sus entrañas?

¡Qué lógica la de algunas gentes! ¡Ignorante agricultura, que dejas pasear años y años, ente los viñedos, el *oidium* primero y la *filoxera* despues!

¡Donosa ciencia la del ingeniero, que no sabe en plena Academia de Paris la causa del descarrilamiento de Mampou ni del puente de Alcudia!

¡Pobre geólogo, que no contiene el volcan del Vesubio!

¡Infeliz moralista, que no pone coto á los suicidios, vergüenza de la mitad del siglo XIX!

Pero, lectores ilustrados, ¿no se curaron muchos apestados de antes, atacados de la fiebre amarilla de hoy, del tifus del día y de intermitentes perniciosas á cada instante, con remedios *contra los síntomas*, sin tener en cuenta su naturaleza, secreto impenetrable para todas estas dolencias en su modo de ser, de la causa, *conocida perfectamente*, aunque variable en sus efectos?

¿No curé yo el año 65 á Mesonero Romanos, moribundo, y á mi hijo, y cien otros doctores á infinitos?

Lo que hay es que no se ha encontrado todavía *contra los vómitos y diarrea* una quinina segura para todos y sí solo para algunos.

Como no se ha encontrado todavía, y no se arma tanta algazara, el remedio para infinitos que mueren de garrotillo, víruela maligna y tifus cerebral, etc., etc., etc., etc.

Conque, conformidad contra los males que Dios nos envía; y contra el cólera, *buen régimen constante, serenidad, y acudir á tiempo á la medicina, que los males solo saben curarlos los médicos.*

¡Zapatero, á tus zapatos!»

Que no hay cólera, señores, hay quien se empeña en decir ni en Elche, ni en Alicante, y en Novelda menos, ni en Lérida y Tarragona, y que está limpio el país

de microbios, y que es todo
pura invencion, un ardid
del gobierno que hoy gobierna,
y el se sabe con qué fin.
La *Gaceta* mientras tanto,
erre que erre en que sí.
¿Quién nos dirá la verdad?
Echese usted á discurrir.
Ello es que unos dicen nó
y que otros dicen que sí
y los demás en la duda
no sabemos qué decir,
pues no estando en el secreto
no es fácil dar en el *quid*.

Mas háyalo ó no lo haya,
que el tiempo lo dirá al fin,
á mi solo se me ocurre
en mi duda, repetir:
Si no es verdad.... ¡qué gobierno!
Y si es cierto.... ¡qué país!

Un **Teruelano**.

EL ALMA DE SALOMON.

Un laborioso Anciano
de sol á sol sin descansar labraba
la fértil heredad que poseía.
El por su mano araba,
él por sí mismo el grano,
que el sustento comun del hombre encierra,
solicito vertía
en el fecundo seno de la tierra.

A la sombra una vez que en torno arroja
una altanera encina,
copuda en ramas y poblada en hoja,
preséntase al Anciano de repente
una Vision divina.

Él se sorprende y pasma;
y en acento más dulce que severo
le dice la fantasma:
«No la presencia mía te amedrente.

Soy Salomon: declárame sincero
¿por qué, ya que tu edad va declinando,
tan ávido te afanas trabajando?»

—Si eres el sabio rey, gloria de Oriente,
(el Labrador contesta),
ya puedes figurarte mi respuesta.

Yo estudié con desvelo tus lecciones:
en ellas al mancebo le propones
que á recoger aprenda de la hormiga,
sin perdonar momento ni fatiga.

Tu doctrina he seguido;

y lo que dócil aprendí mancebo,
viejo tambien á ejecucion lo llevo.
—A medias solamente has aprendido
(dijo la Sombra) mi consejo sano.
Vuelve de nuevo y á la hormiga observa,
y en su sagaz gobierno
verás que si trabaja en el verano,
prudente se reserva
sus acopios gozar en el invierno.
Tú, que al invierno triste
llegastes de la vida,
reposa ya y descuida,
y disfruta por fin lo que adquiriste.

J. E. **Hartzenbusch**.

EL QUE SIEMBRA VIENTOS RECOGE TEMPESTADES.

DE todas las ciencias de la vida, qui-
zás la más espinosa es la de la mujer
colocada en el centro de la familia.
Eje en torno del cual giran los dife-
rentes afectos, los diferentes caracteres de los
individuos que la componen: foco de luz del
cual parten todos los rayos que deben ilumi-
narlos, no hay deberes más difíciles de llenar
que los suyos, ni que envuelvan en sí tanta
responsabilidad ni tan grande trascendencia.
De su conducta dependen la paz, la prosperi-
dad, el bien futuro de la familia. Primer es-
labon de una cadena que debe prolongarse
hasta los siglos más remotos, de su solidez
depende que esta cadena termine en el cielo ó
en el abismo. ¡Cuánta abnegacion, cuánta pru-
dencia, cuánta mansedumbre, cuánta firmeza
necesita, ya para doblegarse ante la legítima
autoridad del esposo, ya para hacer frente á
las primeras exigencias de los hijos, ya para
conciliar entre sí sus voluntades! Semejante
al músico que con mil distintas cuerdas, con
mil estrañas discordancias produce armonías
deliciosas, combinándolas y modificándolas á las
unas por medio de las otras, la mujer debe
procurar que los elementos heterogéneos que
concurren á la formacion de su familia, for-
men un todo acorde y armonioso. Preciso es
para esto estudiar con incesante afan la ín-
dole y el carácter de cada uno, porque tal vez
la educacion que convenga á éste al otro le
perjudique. ¡Cuánto tacto necesita para hacer
vibrar la fibra sensible de los que la rodean,
y explotar para el bien sus buenas ó malas
cualidades! ¡Cuánta sagacidad para templar el
rigor, quizás demasiado severo del padre, sin
rebajar ni el más pequeño quilate del presti-
gio que debe gozar como jefe de la casa!

Es este un punto sobre el cual las esposas

cometen mayores yerros, sin pensar en los gravísimos perjuicios que originan.

¡Cuántas hacen testigos á sus hijos de sus domésticas querellas, cuántas les hacen peligrosos confidentes de sus resentimientos! No reparan en pintar á sus ojos con vivísimos colores los defectos ó los vicios de su padre, y hasta descienden á ponerse de acuerdo con ellos para engañarle y eludir sus órdenes. Esta conducta es mucho más frecuente de lo que pudiera creerse, y esto consiste en que la mujer no reflexiona, no pesa las consecuencias de un proceder tan imprudente.

Dá natural desahogo á sus penas, y no piensa que con esto se prepara penas mayores en lo sucesivo.

Para que el padre sea respetado es preciso que la madre dé el ejemplo de la sumision y del respeto.

La autoridad que se discute deja de ser autoridad; la virtud que se comenta, pierde la pureza de su brillo.

La mujer jamás debe interponerse entre el padre y los hijos para hacer á estos jueces de la conducta de aquel: porque no se venera al que se tiene derecho de juzgar, ni se acatan los consejos del que tiene en sí mismo defectos que corregir.

A la madre incumbe cultivar los tiernos sentimientos del niño, desarrollar su sensibilidad, y hacerle, en una palabra, semejante á sí misma.

La madre debe presentarse á sus ojos como la benéfica Providencia, siempre dispuesta á amar y á perdonar. Pero ahí se limitan su poder y su mision, que quedaria incompleta, si otro ser más fuerte, más esclarecido que ella, no estuviese destinado á terminarla.

El corazon del hombre germina el mal al mismo tiempo que el bien; desde que nacen se disputan su corazon y le tiranizan los buenos y malos instintos, las buenas y malas pasiones. Si necesita una mano que le sostenga, un amor que le reanime, necesita tambien una voluntad enérgica que le imponga su deber y le obligue á que triunfe de sí mismo; necesita una luz superior que le esclarezca.

No le bastan, además, la fe y el amor para vivir en el mundo; necesita aprender una ciencia, un arte, un oficio que le proporcione en lo futuro una subsistencia para sí y sus hijos. No le basta ser amoroso y sencillo; necesita ser probo, enérgico é ilustrado.

Desde que el hijo ha traspasado los umbrales de la risueña infancia, toca al padre cogerle de la mano y conducirle por la senda de la vida. ¡Ay de él si no tiene una ciega confianza en este guia experimentado, amoroso y

prudente! ¡Ay de él, si menospreciando sus avisos, tuerce de vía y sigue la senda que elige su capricho!

La frente juvenil que no se inclina con santo respeto ante la cabeza encanecida de su padre, no se inclinará tampoco delante de sus maestros, é indócil y engreido, no hallará valla que le contenga al borde del precipicio, porque la veneracion es una planta tan delicada, que solo florece cuando se arraiga en el corazon desde la más tierna infancia.

El mundo está formado de armonías; como la mujer y el hombre son seres nulos é imperfectos si no se enlazan y completan, es nula é imperfecta la educacion del niño, si el padre y la madre de consuno no unen sus esfuerzos para que produzca ópimos frutos. Pensar otra cosa es un absurdo.

Así, pues, la mujer que desprestigia al marido, que socaba su autoridad, labra la ruina de sus hijos al mismo tiempo que su propia ruina, porque estos jóvenes corazones, emancipados del blando yugo que debia refrenar sus ímpetus y dirigirlos al bien, mañana darán justo pago de ingraticudes á su imprevision y ligereza.

Para corroborar tan triste aserto, buscaré un alto ejemplo, que registra la historia en sus verídicos anales.

Tal fué el de D.^a Jimena, esposa de D. Alfonso el Magno.

Este gran Rey, que dió tanto esplendor á la reciente Monarquía Española, abatiendo la soberbia arrogante de los moros, reedificando iglesias y ciudades, y dando sábias y prudentes leyes á sus vasallos, no supo conciliarse el amor de su esposa.

Nada dicen las historias acerca de la clase de resentimientos que pudiese tener del Rey doña Jimena. Quizás fué porque, empleando todos los tesoros de su herario en la construcción de monumentos públicos, pusiese sobrada tasa á sus gastos; quizás porque, preocupado con sus proyectos gloriosos, no atendiese bastante á los reclamos de su cariño; quizás tambien por que se asimilase mal á su gravedad goda la lijereza del carácter francés, pues doña Jimena que antes se llamaba Amelina, era una señora de la sangre de los Reyes de Francia, y habia sido educada en su córte, siempre más galante y dispada que la nuestra.

Sea cualquiera la causa del ódio que profesaba á su marido, lo cierto es que todos los historiadores están contestes en que ella encendió en el corazon de sus hijos una saña injusta contra su padre, y que despertó en sus pechos juveniles la ambicion de poseer la corona y manejar el cetro.

Por sus consejos, con su ayuda, rebelóse D. García, el mayor, contra aquel que le había dado la existencia, con grande escándalo del mundo.

D. Alfonso, así que supo el estraño caso, revolvió sus armas victoriosas contra su ingrato hijo, vencióle en una batalla, y persiguiéndole hasta Zamora, le hizo prisionero, y le mandó guardar en el castillo de Cauzon.

No desmayó por esto la Reina, y acudiendo secretamente al Conde de Castilla, que era suegro de D. García, hizo que declarase la guerra á su marido, entrando por sus tierras con un ejército numeroso y aguerrido.

Tambien los otros dos Infantes, D. Ordoño y D. Fruela se declararon abiertamente por su hermano, en contra de su padre.

Nada hubieran sin duda conseguido, si D.^a Jimena, ocultando con la mayor reserva sus manejos, no hubiese permanecido en la córte, abusando traidoramente de la confianza que el Rey la dispensaba. Ella presidía los Consejos, tomaba nota de todos los acuerdos, de todas las medidas que se iban á poner en planta para atajar el paso al enemigo, y daba á éste secreto puntual aviso. Con semejante estratagema, el desventurado Alfonso, invencible hasta entonces, perdía cuantas batallas presentaba, y veía por todas partes humillada su bandera.

No pudiendo vencer aquel enemigo invisible, y trabajado su ánimo por tantas pesadumbres, cedió al fin el pobre padre á su mala estrella, y renunció la corona en D. García, muriendo al año siguiente, quebrantado por el oprobio de su derrota, y la amargura que le causaban las ingratitudes de sus hijos.

Quizás D.^a Jimena deseosa de reinar, se halagaría con la esperanza de hacerlo á la sombra de su hijo; pero el cielo justo, nunca deja al culpable sin castigo.

La primera diligencia de D. García fué la de encerrarla en un convento, y allí vivió muchos años la infeliz, reclusa y despreciada, asistiendo al desastroso fin de sus tres hijos.

¡Pronto se pierden los bienes mal adquiridos!

A los tres años de su coronacion murió don García. Sucedióle D. Ordoño, que si gozó vida mas larga, fué un tegido de calamidades y sinsabores, y dejó el cetro á Fruela, que solo reinó catorce meses, y murió cubierto de una lepra espantosa.

¡Oh, como debía humillar su culpable frente la infeliz D.^a Jimena, cada vez que uno de estos golpes viniese á herir su corazón de madre!

¡Cómo debía hacer resonar los ecos del claustro silencioso con sus lastimeros gemidos, re-

conociéndose única autora de tamañas desventuras! ¡Cómo gritaría desde el fondo de su corazón á todas las madres venideras: *No socabeis jamás la autoridad paterna, amparo de la familia; no sembréis nunca vientos que produzcan tempestades; porque el rayo de esas tempestades abrasará vuestras frentes!*

Angela Grassi.

Á UNA JÓVEN IMPACIENTE.

Ayer mañana te ví,
anoche me declaré
y ya me preguntas si
contigo me casaré.

Esa pregunta, Ramona,
está fuera de lugar;
eres atroz..., y perdona
el modo de señalar.

El corazón me has desecho
con esas frases arteras,
que no nacen en tu pecho
aunque digas lo que quieras.

No hago más que presentarme,
te hablo con mucho decoro,
y ya empiezas á obligarme
como quien *obliga* á un toro!

¿Acaso yo te he faltado
para sufrir tal castigo?
¡Yo nunca te he preguntado
si te casarás conmigo!

Muy inconveniente estás
con pullas tan prematuras,
y aunque yo te quiero más
de lo que tú te figuras,

Puede que tu *diplomacia*
causa de mi olvido sea;
porque si eso es tener *gracia*
que venga Dios y lo vea.

—
Cuando un hombre habla de amor
en la situación actual
se ha de apreciar su valor
como un valor sin igual.

Y para que se decida
siempre debe la mujer

evitar que se despida
como suele suceder.

Receta: ser muy prudente
no emplear tales amaños
y no hablar de ese *incidente*
hasta los dos ó tres años.

Lo demás es arriesgado...:
cachaza, mucha cachaza,
que es un sistema probado
para no espantar la caza.

—
¿No es natural mi retardo
á liarme en ese enredo
cuando dais cada petardo
Ramona, que canta el credo?

Cosas tan extraordinarias
no he de hacer aunque me empales
sin reconocer tus varias
circunstancias personales.

¿Piensas que voy á tomar
tan grave resolución,
antes ¡¡ay!! de averiguar
donde está tu corazón?

¿Piensas tú que el hombro arrimo
aunque se empeñe tu madre
sin saber si tienes *primo*
ó perrito que te ladre?

¿No he de saber lo que gasta
ó lo que pide tu abuela?
¿no he de conocer la casta
de toda tu parentela?

¿No he de calcular si vienes
á matarme á pesadumbres?
¿no he de investigar si tienes
buenas ó malas costumbres?

—
Hablarle así es muy sensible;
más trato con mi franqueza
de evitarme, en lo posible
cualquier dolor de cabeza.

En lo sucesivo cuida
de ver por donde despuntas
y no vuelvas en tu vida
á hacerme tales preguntas.

Ya ves que en vano me acosas;

y que sirva esta lección,
que preguntar esas cosas
es de mala educación.

—
Pon desde hoy tu maña toda
en procurarme agrandar.....
y ya hablaremos de boda
cuando..... no haya de qué hablar.

Ricardo **Sepúlveda.**

CONSTRUCCIONES RURALES.



LA arquitectura rural viene ocupándose desde hace algunos años del estudio de las condiciones que deben reunir las casas de labranza y las diferentes instalaciones dedicadas á la industria agrícola. Aquella importante rama de los estudios agronómicos, despues de haber aquilatado las necesidades de cada uno de los edificios destinados á las diferentes industrias agrícolas en la esfera, de la acción que á cada una corresponde, ha establecido reglas fijas á que ha de sujetarse cada uno de los edificios y departamentos propios de los diferentes trabajos del campo, procurando en cada construcción adaptar sus condiciones á las necesidades á que deben responder, en atención á la importancia de las explotaciones rurales.

La provincia de Teruel, esencialmente agrícola, y cuya población destinada á este ramo de producciones se halla diseminada en gran número por nuestros campos, no ha tratado de imprimir modificaciones en sus edificios rurales, viéndose estos en un abandono punible y sin que reunan las condiciones proporcionadas á sus necesidades.

Para los agricultores de esta comarca son de muy poca importancia las disposiciones que deben tener sus edificios, ocupándose únicamente de su solidez, y de que dispongan del necesario espacio para alojar sus ganados, tanto de labor como de renta, y sus producciones, aunque los primeros no encuentren las comodidades indispensables para su vida, ni los segundos las imprescindibles para su buena conservación.

Estudiados detenidamente los edificios rústicos de la provincia, se observan defectos de construcción grandísimos, y además de la mala distribución de ellos, hay absoluta carencia de las condiciones primordiales que cada uno de sus departamentos y habitaciones deben reunir.

Las disposiciones usuales de las casas de

labor diseminadas por las diferentes comarcas de la provincia consisten en un edificio de construcción poco esmerada, en cuya planta baja se ven confundidas, sin obedecer á ninguna consideración de comodidad ni higiene, las habitaciones destinadas á los obreros, cuadras, establos y horno para la cocción de pan, y algunos raquíticos espacios para depositar los instrumentos de labor. En la planta principal destinase gran parte de su superficie á graneros que generalmente carecen de las cualidades que son necesarias á los depósitos de frutos. Adosado al edificio se vé en todas las casas un espacioso descubiertó que generalmente comunica con las cuadras y sirve de corral, en el que construyen de un modo muy grosero cobertizos utilizados para librar de las aguas de lluvia las leñas destinadas á la casa de labor y conservarlas en los citados sitios, así como para formar la habitación á las aves de corral; en cuyo patio reúnen los desperdicios de la casa, las camas de los animales y sustancias fecales para componer los estiércoles. En un punto poco distante de la casa disponen la era para trilla de cereales, adosando á ella un pequeño edificio que sirve para guardar las pajas cuando estas no se colocan en cámaras ó heniles dentro del edificio.

En general esta es la manera de ser de las casas de labor de la provincia y aunque en escasísimo número existen algunas de construcción más esmerada que la que anteriormente describimos, ni unas ni otras reúnen las condiciones científicas, ni mucho menos higiénicas que son indispensables á los diferentes departamentos que constituyen una casa-granja.

Si descendemos á detalles podemos consignar, que las habitaciones destinadas á los agricultores y obreros á sus órdenes son angostas, con poca ventilación y en muchos casos hasta miserables, observándose pocos indicios de limpieza y aseo. Las cuadras, establos y demás departamentos que han de habitar los diferentes animales consisten en cámaras desproporcionadas muchas veces para el número de individuos que en ellas han de alojarse, sin que su piso, comedores, altura, ventilación y demás condiciones sean las que convienen al objeto á que se destinan.

Por esta comarca se ven frecuentemente en los campos y á bastante distancia de las casas-granjas unos edificios que llaman *parideras* y que se destinan á cerrar el ganado lanar durante la noche y en las horas calurosas de los meses estivales. Esas pequeñas instalaciones consisten en un departamento cubierto en comunicación con un patio ó corral por medio de varias puertas provistas de peque-

ñas verjas de madera: la parte cubierta tiene varias divisiones para distribuir en ellas el ganado por edades, clases etc. En estos edificios se verifica el esquilado y sirve para recoger el escremento que defeca el ganado durante las horas que en él se encuentra reunido.

Facilmente se comprende cuán grandes imperfecciones existen en las casas-granjas de esta provincia; sus propietarios que desconocen por completo cuanto debían saber respecto á las condiciones que han de reunir sus edificios, no cuidan de imprimirles aquellas propiedades imprescindibles, en todos los casos para la buena organización de los seres y objetos que están destinados á alojar, teniendo en el más punible descuido cada uno de los departamentos de que se componen: así es que ni las habitaciones para los animales de labor y renta reúnen las condiciones higiénicas apetecidas, ni los depósitos de frutos las que le son propias para la conveniente conservación de los productos, ni acuden á construir heniles que conduzcan al fin que el agricultor debe apetecer, ni estercoleros para el perfecto aprovechamiento de las sustancias fertilizantes que puede reunir.

Los agricultores de la provincia no cuidan con más esmero de los edificios que consagran á las industrias anexas á la agricultura, de tal modo, que ni los destinados á la fabricación de vinos, ni los molinos olearios gozan de las cualidades esenciales y necesarias para llevar sus diferentes operaciones como requieren y reclaman aquellos importantes ramos de la producción agrícola. Unos y otros contruidos sin arte, no tienen una distribución en sus departamentos apropiada al objeto á que se destinan, sin que su exposición, ventilación y demás obedezcan á prescripciones científicas. Tanto los que tienen por objeto la fabricación de vinos, como los que se ocupan en la extracción del aceite de olivas, son contruidos mancomunadamente por varios cosecheros, sin que les den más condiciones que las necesarias para obtener los jugos, que recogen inmediatamente, llevándolos á los depósitos de sus respectivas casas: esta manera de conducir las industrias es causa de que no se vean en esta provincia edificios contruidos *ad hoc* para la elaboración por completo de aquellos caldos, en los que los industriales coloquen sus productos dentro de las circunstancias que en cada caso requieren. Los molinos olearios comprenden dos departamentos, en su planta baja única que poseen: uno en que se encuentran confundidos y aglomerados los diferentes aparatos para la separación del jugo; y otro en que se almacenan las aceitunas que han de sufrir el molido y prensado.

Los edificios para fabricar vinos constan de planta baja y principal; en esta se hallan colocadas las prensas y en la inferior una sola cuba de fermentacion de gran cuba para alojar los jugos desprendidos de la uva y efectuar la fermentacion.

Por cuanto llevamos indicado se ve cuán imperfectas son las construcciones rurales que existen en esta provincia, debido en la mayor parte de los casos, á la indolencia de sus propietarios, á la par que á su poco deseo de modificar aquellas con las reformas que serían de apetecer, pues abrigan el convencimiento de que estas son inútiles y que de ejecutarlas amortizarían un capital, del que difícilmente podrían reintegrarse, sin comprender que cuantos gastos realizaran, siempre en relacion con la importancia de la empresa agrícola, serían en beneficio de sus productos y en favor de su explotacion rural.

Máximo Lacasa.

EL OBISPO CHICHEÑO.

(TRADICIÓN LIMEÑA.)



IMA, como todos los pueblos de la tierra, ha tenido (y tiene) un buen surtido de tipos extravagantes, locos, mansos y *cándidos*. A esta categoría pertenecieron, en los tiempos de la república, Bernardito, Basilio Yeguas, Manongo Moñón, Bofetada del diablo, Saldamando, Coyoy, el Principe Adefésios en misa de una, Felipe la cochina... y pongo punto por no hacer interminable la nomenclatura.

Por los años de 1780 comia pan en esta ciudad de los Reyes un bendito de Dios, á quien pusieron en la pila bautismal el nombre de Ramon. Era éste un pobrete de solemnidad, mantenido por la caridad pública, y el hazmereir de muchachos y gente ociosa. Hombre de pocas palabras, pues para complemento de desdicha era tartamudo, á todo contestaba un *si señor* que, al pasar por su desdentada boca, se convertía en *chi cheño*.

El pueblo llegó á olvidar que nuestro hombre se llamaba Ramoncito, y todo Lima lo conocia por *Chicheño*, apodo que se ha generalizado despues, aplicándole á las personas de carácter benévolo y complaciente que no tienen energía para proferir una negativa rotunda. Diariamente, y aun tratándose de ministros de Estado, oimos decir en la conversacion familiar: ¿Quién? ¿Fulano? Si ese hombre no tiene calzones! Es un *chicheño*.

En el año que hemos apuntado, llegaron á Lima, con procedencia directa de Barcelona, dos acaudalados comerciantes catalanes, trayendo un valioso cargamento. Consistia éste en sederías de Manila, paño de San Fernando, alhajas, casullas de lama y brocado, mantos para imágenes y lujosos paramentos de iglesia. Arrendaron un vasto almacén en la calle de Bodegones, adornando una de las vidrieras con pectorales y cruces de brillantes, cálicés de oro con incrustaciones de piedras preciosas, anillos, arracadas y otras prendas de rubies, ópalos, zafiros, perlas y esmeraldas. Aquella vidriera fué pecadero de las limeñas, y tenaz conflicto para el bolsillo de padres, maridos y galanes.

Ocho dias llevaba de abierto el elegante almacén, cuando tres andaluces, que vivian en Lima más pelados que ratas de colegio, idearon la manera de apropiarse parte de las alhajas, y para ello ocurrieron al originalísimo expediente que voy á referir.

Despues de proveerse de un traje completo de obispo, vistieron con él á Ramoncito; y dos de ellos se plantaron sotana, solideo y sombrero de clérigos.

Acostumbraban los miembros de la audiencia ir á las diez de la mañana á palacio en coche de cuatro mulas, segun lo dispuesto en una real pragmática.

El conde de Pozos Dulces, D. Melchor Ortiz Rojano, era á la sazón, primer regente de la audiencia, y tenia por cochero á un negro, gran devoto del aguardiente, quien despues de dejar á su amo en palacio, fué seducido por los andaluces, quienes le regalaron media pelucona á fin de que pusiese el carruaje á disposicion de ellos.

Acababan de sonar las diez, hora de almuerzo para nuestros antepasados, y las calles próximas á la Plaza Mayor estaban casi solitarias, pues los comerciantes cerraban tiendas á las nueve y media, y seguidos de sus dependientes, iban á almorzar en familia. El comercio se abria á las once.

Los catalanes de Bodegones se hacian llevar con un criado el desayuno á la trastienda del almacén, é iban ya á sentarse á la mesa, cuando un lujoso carruaje se detuvo á la puerta. Un paje, de aristocrática librea, que iba á la zaga del coche, abrió la portezuela y bajó el estribo, descendiendo dos clérigos y tras ellos un obispo.

Penetraron los tres en el almacén. Los comerciantes se deshicieron en cortesías, besaron el anillo pastoral, y pusieron junto al mostrador silla para su ilustrísima. Uno de los familiares tomó la palabra y dijo:

—Su señoría el obispo de Huamanga, de quien soy humilde capellan y Secretario, necesita algunas alhajas para decencia de su persona y de su santa iglesia catedral; y, sabiendo que todo lo que ustedes han traído de España es de última moda, ha querido darles la preferencia.

Los comerciantes hicieron, como es de práctica, la apología de sus artículos, garantizando, bajo palabra de honor, que ellos no daban gato por liebre, y añadiendo que el señor obispo no tendría que arrepentirse por la distinción con que los honraba.

—En primer lugar—continuó el secretario—necesitamos un cáliz de todo lujo para las fiestas solemnes. Su señoría no se pára en precio, que no es ningún roñoso. ¿No es así ilustrísimo señor?

—*Chi cheñó*—contestó el obispo.

Los catalanes sacaron á lucir cálices de primoroso trabajo artístico. Tras los cálices vinieron cruces y pectorales de brillantes, cadenas de oro, anillos, alhajas para la Virgen de no sé que advocación, y regalos para las monjitas de Huamanga. La factura subió á veinticinco mil duros mal contados.

Cada prenda que escogían los familiares la enseñaban á su superior, preguntándole:

—¿Le gusta á su señoría ilustrísima?

—*Chi cheñó*,—contestaba el obispo.

—Pues al coche.

Y el pajecito cargaba con la alhaja, á la vez que uno de los catalanes apuntaba el precio en un papel.

Llegado el momento de pagar, dijo el secretario:

—Iremos por las talegas al palacio arzobispal, que es donde está alojado su señoría, y él nos esperará aquí. Cuestion de quince minutos. ¿No le parece á su señoría ilustrísima?

—*Chi cheñó*—respondió el obispo.

Quedando en rehenes tan caracterizado personaje, los comerciantes no tuvieron ni asomo de desconfianza, amén de que aquellos no eran estos tiempos de bancos y papel-manteca en que veinticinco mil duros no hacen peso en el bolsillo.

Marchados los familiares, pensaron los comerciantes en el desayuno, y acaso por fórmula de etiqueta dijo uno de ellos:

—Nos hará su señoría ilustrísima el honor de acompañarnos á almorzar?

—*Chi cheñó*.

Los catalanes enviaron á las volandas al fámulo por algunos platos extraordinarios, y sacaron sus dos mejores botellas de vino para agasajar al príncipe de la Iglesia, que no sólo les dejaba fuerte ganancia en la compra de alhajas, sino que les aseguraba algunos cen-

tenares de indulgencias para ellos y sus familias.

Sentáronse á almorzar, y no les dejó de parecer chocante que el obispo no echase la bendición al pan, ni rezase siquiera en latin, ni por más que ellos se esforzaron en hacerle conversar, pudieron arrancarle otras palabras que *chi cheñó*.

El obispo tragó como un Heliogábalo.

Y entretanto pasaron dos horas, y los familiares con las veinticinco talegas no daban acuerdo de sus personas.

—Para una cuadra que distamos de aquí al palacio arzobispal, es ya mucha tardanza—dijo, al fin, amoscado, uno de los comerciantes.

—¡Ni que hubieran ido á Roma por bulas! ¿Le parece á su señoría que vaya á buscar á sus familiares?

—*Chi cheñó*.

Y, calándose el sombrero, salió el catalán desempedrando la calle.

En el palacio arzobispal supo que allí no había huésped mitrado, y que el obispo de Huamanga estaba muy tranquilo en su diócesis cuidando de su rebaño.

El hombre echó á correr vociferando como un poseído, alborotóse la calle de Bodegones, el almacén se llenó de curiosos para quienes Ramoncito era antiguo conocido, descubrióse el pastel, y, por vía de anticipo, mientras llegaban los alguaciles, la emprendieron los catalanes á mojicones con el obispo de pega.

De ene es el añadir que *Chicheñó* fué á chirona; pero que, reconocido por tonto de capirote, la justicia le puso pronto en la calle.

En cuanto á los ladrones, hasta hoy (y ya hace un siglo), que yo sepa, no se ha tenido de ellos noticia.

Ricardo Palma.

CHÚPATE ESA OTRA.

Caballero, yo no sé en qué debe consistir el que se atreva á decir que me he burlado de usted por que me ha visto reír.

Si suspicaz me encocora, crea usted que no me irrita; pues á fuer de señorita le juro que me enamora ver cual toma mi risita.

Jamás creí yo causar

obcecacion tan extraña,
ni logrará con su maña
poder, cual debe, explicar
el motivo de su saña.

Saña, sí, pues no comprendo
que siendo listo en verdad,
llegue su temeridad
hasta creer que está siendo
causa de mi hilaridad.

Luego me dice que yo
le he comparado á Tarquino.
Está bien. Culpe á su sino
si en esta ocasion llegó
á hacer que me hablara en chino.

Si Tarquino fué ó no hermoso
es cosa que yo no sé;
pero bien claro se vé
que debió ser horroroso,
casi casi como usted.

Que es su cuerpo regular
dice usted, falto de seso,
cuando puede asegurar
que llega usted á pecar
mas de flaco que de grueso.

No piense que va á obligarme
á no reir, no por mi fe;
pues por más que usted se dé,
ese placer he de darme
siempre que le vea á usted.

No se mi importa gran cosa
que usted asegure y crea
que nada tengo de hermosa;
mi cara será horrorosa,
pero su lengua es muy fea.

Todo lo pude decir
sin rodeos aparentes,
y su hablar y mi reir
podrán de saldos servir
en nuestras cuentas pendientes.

Critique usted de mi talle,
ensalce usted su apostura,
y haga constar en detalle
que cuando va por la calle
se oscurece la hermosura.

Diga que no soy bonita,

y diga usted al terminar
que mi chocante risita
es la que una señorita
dirige á un hombre vulgar.

Diga que mi risa es sosa,
y que le irrita y le carga;
mas con sátira graciosa;
lo demás es una cosa
que se desprecia y no amarga.

Convéznase que no cuela
su táctica por aquí;
y si por burlar se pela
búrlese usted de su abuela
y no se burle de mí.

Por la copia,

Gerardo **Gutierrez.**

LA SIMA DE SAN PEDRO.

(Continuación.)

DOSIBLE es que así sea, dije yo: pero me sorprende, añadí, que el desdichado ermitaño elija siempre las más plácidas noches del estío para salir á nuestro descreido y falaz mundo. Estaría más en armonía con lo que de él se relata si apareciese en las noches de tormenta.

—No enmendemos, observó juiciosamente la ventera, la obra de Aquel que todo lo puede y hace conforme á sus grandes y maravillosos designios. Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que no hay socaliña ni engaño en lo contado.

—¿Dista mucho la sima?

—Como un tiro de bala.

—Vaya, dije á Anton, que se hallaba profundamente abstraído: no es cosa de abandonar el país sin visitarla. Eche V. á andar, que vamos á ella.

Anton no hizo el más pequeño movimiento.

Estaba pálido, agitado, y de vez en cuando un temblor casi imperceptible recorría su mejilla izquierda.

—¿No oyes, Anton? dijo la posadera viendo que seguía inmóvil. Estos caballeros dicen que debes acompañarles.

El Cano irguió su frente, como si se emancipase á un letargo, y dijo secamente:

—¿A dónde?

—A la sima.

—No la conozco..... no sé dónde está.

Y al mismo tiempo guiñó el ojo á la ventera.

Esta se mordió los labios y guardó silencio.

Yo cogí al vuelo aquel guiño y adiviné que en él se ocultaba un misterio.

Por su oficio de arriero y ser hijo del país, no era posible que Anton dejase de conocer la sima. Pero ¿á qué venía su resistencia á acompañarnos? ¿Qué la motivaba? ¿Tenía relacion con las extrañas confidencias que en el día anterior me había hecho el posadero de Alcaíne?

Roguéle encarecidamente que nos condujese á ella; pero insistiendo en excusarse, dije al inglés lo que ocurría, y éste, picado en su curiosidad, le rogó, en su idioma, que fuese nuestro guía.

—Ya lo ve V., le dije, despues de traducir sus frases: no puede V. negarse á la indicacion de un hombre con el cual es V. tan amable. No lo pido yo: lo pide él. ¿Desmentirá V. la galantería de que ha dado V. tantas pruebas?

Anton sacó un pañuelo, lo llevó á su frente para secar el sudor que la bañaba, y haciendo por serenarse, dijo conteniendo un suspiro.

—Sea: acompañaré á Vds. al abismo, pero con una condicion.....

—Veamos.

—Que no llegaré á su borde.

—Hará V. cuanto le plazca.

Y añadí sonriendo:

—¿Le da á V. miedo?

—Nunca lo he sentido, replicó Anton con orgullo; pero.....

—¿Pero qué?

El guía vaciló un instante; mas luego, con acento que desmentía la verdad de sus palabras, dijo:

—Se me va la cabeza.

Fingí que le creía, y Anton, el inglés y yo abandonamos la venta.

VI.

En el trayecto que nos separaba del abismo, relaté á mi amigo las fantásticas maravillas que había contado la ventera.

—Lo que ella y la gente del país han oido de boca de sus abuelos no es del todo inexacto, observó mi amigo.

—¿Cree V. que no es conseja? pregunté yo, que conociendo su vasta instruccion me admiraba de que diese crédito á aquel cuento.

—Creo que la naturaleza de una parte y la imaginacion del hombre por otra, han levantado esa fantástica leyenda basada en algun hecho real y positivo. La sima existe; pero de que no existió, es una prueba el recuerdo que se conserva aún de la ermita.

—Quizás algun volcan...

—No, repuso el inglés, dando una ojeada al país como para estudiar su formacion geológica; no es terreno este de volcanes; carece de elevaciones, de esas formas cónicas por donde brotan océanos de lumbre, ni hay tampoco esas rocas enormes, informes, negruzcas, esos hacinamientos de lava endurecida que preceden siempre á los cráteres. Aquí sólo veo masas de arcilla y de granito que ocasionaron sin duda el hundimiento.

—¿Y tiene esto una explicacion científica?

—Bastan para ello algunas nociones geológicas. Supóngase V. que una capa de arcilla esté cubierta por otra de granito. Es muy posible que en ella filtre una corriente de agua que la disolverá con la accion del tiempo, y en tal caso, roto el estribo en que aquél gravitaba, se hundirá por su peso.

—Ciertamente; pero la ventera habló de rayos, truenos y tormentas... Esto, añadí sonriendo, sin contar los diablos que empujaron el altillo donde se levantaba el santuario.

—La borrasca solo fué causa accidental; quizá el fragor del trueno repercutiendo sobre la tierra apresuró el hundimiento; pero si la capa de arcilla no se hubiese ya gastado no se abismara el granito. En cuanto á los diablos, no ignora V. el horror que produce el rayo en una noche de tormenta y la facilidad con que la imaginacion del vulgo crea raros y fantásticos portentos.

—Ya que no fué un volcan, observé yo, ¿cómo se explica V. que saliesen vapores de la sima?

—No serían vapores: serían masas de un polvo fino que dan esta clase de hundimientos.

—Sin embargo, el celaje en que, segun dice el vulgo, aparece el ermitaño, será vapor de todos modos.

—Sí; pero como dijo perfectamente la ventera, no se da más que en las noches caliginosas del verano, es decir, cuando bajo la accion de un calor ardiente se produce en los sitios húmedos una evaporacion sensible. No conozco la sima; pero apuesto que en ella brota ó se recoge el agua.

—¿Y el ermitaño? ¿y el rumor de la campana?

—¿Existe algo tan caprichoso y raro cual las formas de la niebla, ni nada tan fantástico y movable como la imaginacion del vulgo? Así como el de ayer vió en los rayos un escudron de espíritus malignos, el de hoy ve en los celajes al ermitaño vistiendo el sayal y con su barba luenga y canosa. Respecto al rumor de la campana, ¿quién nos dice que no sería producido por los rebaños que en esas

parideras se alojan y que en el sosiego y silencio de la noche harán oír sus esquilas?

Al llegar aquí de nuestra plática, el guía se detuvo.

—Y bien, le dije yo, ¿qué ocurre?

—Ocurre que no voy más lejos.

—¿Estamos ya cerca el abismo?

—A treinta pasos.

—Mucho desconfía V. de su cabeza.

—Sobre este particular no exija V. explicaciones.

Y al pronunciar estas frases Anton sonrió de un modo triste y amargo.

J. Comas Galibern.

(Se continuará.)

DOS PALABRAS SOBRE EL BARÓMETRO.

(Conclusión.)

III.

EL barómetro ha recibido numerosas modificaciones en los pormenores de su disposición. Estas modificaciones son de dos clases diferentes: unas tienen por fin aumentar la precisión del instrumento, las otras disminuir su fragilidad y facilitar su transporte. A los tratados de física corresponde el estudio de las diferentes formas adoptadas, como también la explicación de las correcciones que han de practicarse para poder comparar las alturas barométricas. Los barómetros empleados para fines puramente científicos son, por lo general, de mercurio, verdaderos tubos de Torricelli perfeccionados; como instrumentos meteorológicos se usan también, de unos 30 años acá, los llamados barómetros aneroides, tubos metálicos huecos que se arrollan y se desarrollan á medida que varía la presión atmosférica, y que, graduados por comparación con un barómetro de mercurio, hacen sus indicaciones por medio de una aguja puesta en relación con aquellos movimientos.

El barómetro llena dos necesidades: es primeramente un instrumento nivelador, que el geógrafo utiliza para determinar el desnivel entre dos puntos de la superficie del globo; es después un instrumento meteorológico, indicador y presagio del tiempo, compañero inseparable del navegante.

Bajo el primer punto de vista, ya al referir las experiencias de Perrier hemos visto una relación necesaria entre la altura de la columna barométrica y la elevación de un lugar.

Los físicos han consagrado serios trabajos al estudio de esta relación, y fruto de ellos son las fórmulas que diariamente se aplican para deducir la diferencia de altura vertical, el desnivel, entre los varios lugares de la tierra. Aun para este fin se usa también el aneroides.

Bajo el segundo punto de visita, el barómetro es un instrumento que puede llamarse popular. Cuando las lluvias y vientos del invierno hacen desear un tiempo sereno y apacible, se espera con ansia que el barómetro *suba*; durante los calores insoportables del verano, el *lento descenso* de la columna inspira la esperanza de próxima lluvia; si el barómetro baja bruscamente, si el nivel de la columna se perturba, se teme cercana borrasca.

Esta relación de las indicaciones barométricas con el tiempo, es de segundo grado, indirecta: el barómetro realmente no señala más que el valor de la presión atmosférica, valor variable en cada lugar según su altura, y á cada momento según el estado de la atmósfera. Si, pues, la atmósfera sufre una alteración, el barómetro la indicará. Solo una observación paciente y sostenida ha podido descubrir esa correlación, y el descubrimiento se remonta á los primeros tiempos del instrumento. Hízose entonces práctica común entre los físicos instalar en sus gabinetes tubos de Torricelli: esos tubos, á cada momento consultados, dieron á conocer la dependencia entre el tiempo y la columna. Quién la descubrió el primero? Dificil es averiguarlo, cuando tantos son los que pretenden este honor: quién dice que fué el mismo Torricelli, quién que Oton de Gueriche, unos que Perrier, otros que Descartes. Un profesor moderno hace notar muy juiciosamente que lo más probable es que el fenómeno haya sido observado por muchos físicos al mismo tiempo.

Las indicaciones del barómetro como instrumento meteorológico necesitan, para ser exactas, ser locales, deducidas de la observancia directa en cada punto del globo; dentro de límites prudenciales de error, son valederas para regiones muy extensas. Los barómetros con que nos inunda Francia consignan esas indicaciones con arreglo á la experiencia en París. Hé aquí la tabla que les sirve de base:

Tiempo.	Altura barométrica. Milímetros.
Muy seco.	785
Bueno fijo.	776
Bueno.	762
Variable.	758
Lluvia.	749
Tempestad.	731

Esas mismas indicaciones nos sirven en España para el uso comun del barómetro.

La columna sufre variaciones accidentales, determinadas por el cambio en el estado de la atmósfera; pero está sometida á otro género de alteraciones segun las horas del dia, aun en el tiempo más sereno y fijo. Importa conocer estas oscilaciones diurnas cuando se consulta el instrumento como indicador del tiempo; de otra manera, podria tomarse como ascenso ó descenso accidental lo que no es más que variacion periódica.

IV.

En medio de ese estado de perpétua variacion en que se halla el barómetro, los físicos se han visto obligados á determinar el valor *medio* de la altura barométrica en cada lugar. Sirve de punto comun de comparacion á estas alturas medias la que acusa el instrumento al nivel del mar, tambien promediada del mismo modo: esta última se ha fijado en 76 centímetros.

Tomando en consideracion la densidad del mercurio, resulta de esta cifra que sobre cada centímetro cuadrado la atmósfera ejerce una presion 1033 gramos; por consiguiente, más de diez toneladas por metro cuadrado. Suponiendo que la superficie de una persona adulta mida una área de metro y medio cuadrado, resulta el hecho, curioso por lo ménos, de que lleva sobre sí, sin sentirlo, el peso enorme de quince toneladas y media. Esta presion no está contrarrestada más que por la fuerza elástica de los fluidos interiores.

El peso con que la atmósfera carga sobre los edificios es de valuacion sumamente fácil, y el resultado es siempre muy considerable. ¿Cómo, pues, no se ve doblarse y romperse sus techumbres? Los constructores se preocupan de la presion del viento, y no toman en cuenta la presion atmosférica; ahora bien, la presion del huracan más violento no excede de 200 kilogramos por metro cuadrado, es decir, 51 veces menos que la del aire. La explicacion está en que actuando la presion atmosférica en todos sentidos, la carga de arriba abajo en el exterior es destruida por otra carga igual de abajo arriba en el interior. Si hubiera posibilidad de realizar el vacío bajo la cubierta de un edificio, el efecto seria análogo al del experimento que en pequeño se realiza en los gabinetes de física: el rompe-vejigas.

V.

El aire está dotado de peso: la presion atmosférica es consecuencia de ese peso; el

barómetro determina numéricamente el valor de esa presion; pero nos falta un dato todavía; el peso de un volúmen dado de aire, de una unidad de volúmen. Cuatro palabras sobre esto, y concluimos.

Ante todo, el aire, como fluido elástico, pesa más ó menos segun esté más ó menos dilatado; el estado de dilatacion depende de la presion y de la temperatura: un metro cúbico de aire caliente pesa menos que un metro cúbico de aire frio, á igual presion; un metro cúbico de aire tomado á cierta temperatura en la cima de una alta montaña pesa ménos que el mismo volúmen tomado á la orilla del mar y á temperatura igual. Es, pues, necesario fijar condiciones de temperatura y de presión: los físicos han convenido en valuar el peso de la unidad de volúmen á cero de temperatura y á 76 centímetros de presion.

El aire se pesa como un cuerpo sólido cualquiera: sirve al efecto un globo de vidrio, de capacidad conocida, provisto de una llave que cierre, como se dice, herméticamente. Este globo se pesa sucesivamente lleno de aire y vacío: la diferencia entre ambos pesos es el peso del aire encerrado en el globo. Por este procedimiento directo se ha hallado que el metro cúbico de aire puro, en las condiciones fijadas de temperatura y presión, pesa 1293 gramos. Pero esta operacion sencilla no ha podido realizarse hasta que la física ha dispuesto de la máquina neumática, inventada por Oton de Gueriche en 1650.

Puesto que es conocido el valor numérico de la presion atmosférica sobre una superficie determinada, y puesto que está fijado tambien el peso del aire y por tanto su densidad, podria creerse que existe facilidad para determinar el espesor de la atmósfera. El razonamiento es óbvio y se formularia así: sobre un metro cuadrado carga un peso de 10.330000 gramos; este peso es el producto de 1293 gramos (peso del metro cúbico de aire) por la altura desconocida de la atmósfera. Una simple operacion aritmética asignaría entonces unos 8 kilómetros al espesor buscado. Pero este razonamiento es falso, porque supone idéntica la densidad del aire en toda la altura de la atmósfera, mientras que esta densidad decrece rápidamente. Así, la determinacion de la altura de la atmósfera es problema que la moderna física no ha resuelto, á pesar de hallarse en posesion de datos precisos, debidos, como se ha visto, á la máquina neumática y al barómetro.

Miguel **Feed**.

MISCELÁNEA.

Gabinete clínico del Dr. Berito. Consulta diaria, de 11 á 2, calle de los Amantes núm. 10, entresuelo. Gratis á los pobres.

De porqué rabió el Rey que rabió.—En el comercio de Mediano, 2 rs.

Diccionario popular de la Lengua castellana, por D. Felipe Picatoste.—Forma parte de la Biblioteca Enciclopédica Popular.—Cuatro tomos encuadrados en tela en un volúmen=5 pesetas.—Dector Fourquet.—7—Madrid.

Escenas contemporáneas.—Pavía.—4—Madrid.

Sacramento y concubinato.—Novela original de costumbres contemporáneas contra el llamado matrimonio civil, por D. Manuel Polo y Peyrolon, individuo de las academias española de la Historia, romana de Santo Tomás de Aquino, y francesa de Mont-Real, con un prólogo del insigne y popular escritor vascongado D. Antonio de Trueba.—Un tomo que consta de más de 300 páginas, lujosamente impreso, que acaba de publicarse y se vende á 10 reales en la librería de Martí, calle de Zaragoza, 15, Valencia. El autor, (En-bou, 7 2.º) lo remitirá también á correo vuelto á todo el que lo pida, acompañando su importe en libranzas ó sellos de 15 céntimos.

El Día.—El más barato de los periódicos.—Suscripciones. Madrid un mes 1 peseta.—Provincias 3 meses 3 idem.—Hoja literaria semanal, gratis.—Dos veces al mes, artículos de D. Emilio Castelar.

La casa tipográfica editorial de D. Gregorio Estrada, calle del Dr. Fourquet—7—Madrid, sostiene las siguientes publicaciones:

1.º La «Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada», de la que lleva publicados 75 tomos, y 10 que tiene en prensa de Manuales originales de Artes, Oficios é Industrias; de Agricultura, Cultivo y Ganadería, y Científicos de aplicación á todos estos ramos, por el ínfimo precio de una peseta en rústica por suscripción; precio desconocido en España hasta hoy en esta clase de obras.

2.º La «Revista Popular de Conocimientos Útiles», única de su género en España, cuyo título indica ya su utilidad é importancia.

3.º El «Correo de la Moda», periódico consagrado á las Señoras, que cuenta treinta y cuatro años de existencia, único que da «patrones cortados», y el más barato y útil para la familia.

4.º El «Correo de la Moda», periódico para los Sastres, que cuenta también treinta y cuatro años de vida, y único en España que da figurines iluminados, patrones cortados y plantillas hechas al décimo del tamaño natural, para que éstos no duden cómo han de cortar las prendas.

Apuntes críticos y biográficos acerca de los hombres célebres de la provincia de Teruel, por D. Mariano Sanchez-Muñoz Chlusowicz.

Pocos ejemplares quedan ya de esta obra, publicada por la REVISTA DEL TURIA. Véndese á dos

pesetas en el Comercio de Mediano, calle de San Juan núm. 1.

Se remite por el correo, añadiendo á su importe 10 céntimos de peseta.

Gran suscripción musical, la más ventajosa de cuantas se publican; pues reparte además de la música de zarzuela que se dá por entregas y sin desembolsar un céntimo más, otras obras de regalo, á ELECCION DE LOS SUSCRITORES, cuyo valor sea igual al que hayan abonado para la suscripción.

Almacén de música de D. Pablo Martín—Corro 4—Madrid.—Corresponsal en Teruel, Adolfo Cebreiro—San Esteban—5.

La Guirnalda es sin disputa el periódico de modas más conveniente á las familias y más económico.

Los Niños.—Revista quincenal de educación y recreo bajo la Dirección de D. Carlos Frontaura.—Barcelona.—Un año 10 pesetas.—Un semestre 5.—Un trimestre 3.

«La Ilustración».—Revista semanal de la literatura, artes y ciencias.—Magníficos grabados.—Director-propietario, D. Luis Tasso y Serra.—Barcelona.»

ARCHIVO Y COPIST. RIA DE MÚSICA ADOLFO CEBREIRO.—TERUEL.

REPERTORIO PARA ORQUESTA.

Última novedad.

	Pesetas.
Arban.—Giroflé-Giroflá, polka.	1,50
— Le séjour de las musas, tanda de walses.	2,50
Bousquet.—La sensitiva, id.	2,50
— Las flores encantadas, id.	2,50
— Estrellas fugaces, id.	2,50
Deransart.—Al Pompon, mazurka.	1,50
Fahrbach.—Cantores de los bosques, tanda de walses.	2,50
Gungl.—Marietta, polka.	1,50
Strauss.—Boccacio, wals.	4

SINFONIAS Y OVERTURAS.

Auber.—Fra Diavolo.	6
— El caballo de bronce.	6
— Los diamantes de la corona.	6
— La mutta de Portici.	6
— La Part du diable.	6
— Marco Spada.	6
— Zanetta.	6
— El dominó negro.	6
Boieldieu.—La dama blanca.	9
Flotow.—Marta.	5
Herold.—Zampa.	6
Mendelssohn.—Ruy Blas.	5
— El sueño de una noche de verano.	5
Nicolai.—Las alegres comadres de Windsor.	5
Rossini.—Guillermo Tell.	8
Weber.—Preciosa.	6

Teruel:—Imp. de la Beneficencia.